

LAQUEUR, THOMAS. LA CONSTRUCCIÓN DEL SEXO. CUERPO Y GÉNERO DESDE LOS GRIEGOS HASTA FREUD, MADRID, EDICIONES CÁTEDRA, 1994.

Óscar Alejo García

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Las recientes formas de concebir y hacer la historia instituidas entre la gran mayoría de los historiadores en las últimas dos décadas, han traído consigo una renovación sin precedentes de temas y métodos que son visibles en la considerable producción historiográfica que de ellos ha derivado. La variedad de objetos de estudio que distinguen a esta nueva historia y las estrategias utilizadas para abordarlos, sugieren transformaciones metodológicas profundas y un ensanchamiento mayor de los caminos por los que transita la investigación histórica. La unificación de la disciplina histórica y la búsqueda de un paradigma común que recientemente ha propuesto Carlos Barros a la comunidad de historiadores con el fin de hacer “la historia que viene”, parece encontrar respuesta en esta nueva forma de teorizar el quehacer histórico en el que tanto las

prácticas discursivas como la construcción de significados en contextos temporales y espaciales específicos ocupan un lugar privilegiado.

La obra que nos ocupa, *La construcción del sexo*, es resultado de toda esta nueva visión histórica que se ha infiltrado para reconstruir la historia del ser humano occidental; en ella podemos apreciar perfectamente el acercamiento íntimo de la historia con la antropología y la literatura y la afanosa búsqueda de las relaciones entre texto y contexto, entre realidades sociales y expresiones simbólicas, entre discursos e interpretaciones, en fin, el cambio paradigmático que Roger Chartier ha identificado como el proceso que irremediamente nos está llevando de la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social.

Los temas de la sexualidad y el cuerpo son nuevos dentro del campo de la

historia, en el sentido de que a través de ellos se explican cuestiones más amplias y ambiciosas que involucran directamente a la sociedad y su cultura. Desde que Michel Foucault rompió con la concepción de que la sexualidad no era más que la expresión directa y específica de nuestra biología; cuerpo, sexualidad y placer constituyen una temática privilegiada en la historiografía de los últimos años. Ejemplo de ello es el trabajo de Thomas Laqueur, quien incursiona en la variante conocida como historia de género, terreno preparado y por demás recorrido por historiadores como Peter Brown, Mine Rousselle, Joan Scott y Paul Veyne, entre otros, con un ambicioso proyecto que abarca prácticamente toda la historia occidental con un modelo novedoso en el que los avances en el tiempo de la medicina y la biología son los ejes conductores.

Resultado de más de diez años de investigación y replanteamientos teóricos, la obra de Laqueur, como él mismo reconoce, refleja el aporte cultural engendrado por la revolución intelectual que ha provocado el feminismo en los últimos veinte años. Con una formación médica, supeditada siempre a la histórica, penetra en el campo de la biología y de la crítica literaria para refutar la cómoda visión de que el hombre es hombre y la mujer es mujer y que la tarea de los historiadores consiste en hallar lo que hicieron y lo que pensaron. Además de su experiencia

profesional, la tradición familiar de Laqueur jugó un papel importante en su deseo por historizar el mundo de la sexualidad: su padre, Werner Laqueur, fue un médico graduado en la Alemania nazi de los años treintas, realizador de importantes investigaciones sobre patologías asociadas a la próstata masculina; su tío-abuelo, por su parte, como profesor de farmacología en Hamburgo, fue uno de los descubridores de la hormona sexual femenina, el estrógeno, hecho que sin duda le mereció cierto prestigio entre la comunidad médica europea de principios de siglo.

Con estos precedentes, Thomas Laqueur elabora una obra en la que la biología y la medicina juegan un papel tan importante como la historia misma. En el sentido en que Braudel lo entendería, la investigación es un ejemplo de la forma en que las *disciplinas vecinas* de la historia pueden llegar a ser parte de su propio *corpus*, evitando así, la *incomprensión* tan manifiesta que les distingue en su búsqueda por recuperar el pasado humano.

Ciñéndonos a la estructura de la investigación, la obra se divide en seis capítulos cuyo contenido bien se puede seccionar en dos partes: antes de la Europa ilustrada y después de ella. Ambas temporalidades son abordadas por Laqueur bajo la perspectiva analítica del desentrañamiento de las manifestaciones discursivas que han acompañado a lo lar-

go del tiempo a la literatura médica relativa al cuerpo humano y a los estudios médicos en general. Este análisis histórico lo conduce a concluir que el sexo, como el ser humano, es contextual.

En el proceso de construcción del cuerpo identifica dos modelos conceptualizantes del mismo: *el modelo unisexo*, vigente desde la Antigüedad, según el cual las mujeres, en esencia, son hombres, diferenciados de ellos por la cantidad de calor vital que poseen sus cuerpos y, *el modelo de los dos sexos*, que en gran medida determina la diferencia sexual y la concepción de sexo opuesto dominante en la actualidad. Distingue Laqueur en el desarrollo de su investigación que los conceptos de género y sexo han estructurado la percepción y la organización de toda la vida social. Su trabajo se identifica, como todos los estudios de género de los últimos años, con la conceptualización de género que Joan Scott hizo a principios de la década de los ochenta: el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Con esta premisa por delante, analiza en los primeros cuatro capítulos los límites entre lo masculino y lo femenino del cuerpo unisexual. Demuestra como una “carne única” se refleja para los hombres de los primeros siglos a través de los fluidos —sangre, semen, leche— y los procesos —digestión, menstruación, embarazo, hemorragias— de un cuerpo anatómi-

camente igual pero metafísicamente diferente. Es decir, el motivo que da a la mujer la categoría como tal es el calor interno, el calor vital, calor que si bien en el hombre adquiere una forma perfecta, en la mujer es el causante de la retención, en el interior, de “las estructuras genitales visibles en el hombre”. Además, procura dejar bien en claro al lector que la supervivencia y aceptación del modelo del sexo único a través de los siglos se debe al hecho de estar profundamente dependiente de los significados culturales, significados que a su vez, están contruidos bajo las exigencias contextuales que, según Scott, siempre son enmarcadas por los conceptos de sexo y poder. Por lo anterior, deducimos entonces que el interés de los hombres por conservar la concepción del sexo único radicaba en que éste mostraba lo que era ya evidente tomando la cultura en un sentido mas general: que el hombre era la medida de todas las cosas y la mujer no existía sino para comparársele con él. Por eso —asevera Laqueur—, las representaciones simbólicas de la anatomía del cuerpo humano, por lo menos hasta el siglo xvii, son masculinas. En esta primera parte de la obra, el autor muestra, a través de un despliegue numeroso de lecturas de textos legales, jurídicos y literarios, la manera en que el modelo de un sexo fue sostenido a pesar de los descubrimientos científicos que demostraban, a los ojos

del propio Laqueur, la realidad de los dos sexos. Concluye que la concepción del sexo antes de la Ilustración depende directamente de formas retóricas y discursivas determinadas políticamente con el fin de mantener la jerarquización sexual, la cual se extiende inevitablemente al orden social.

La segunda parte de *La construcción del sexo* expone la ruptura del modelo de un sexo y el establecimiento de los dos sexos. Laqueur observa que hay dos formas de explicar el proceso mediante el cual los dos sexos modernos, tal como los imaginamos hoy, fueron inventados y continúan siéndolo: una es epistemológica y la otra de carácter político, ambas por supuesto, están estrechamente relacionadas. Situándose en el contexto

político de los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, explora la epistemología científica del momento: el empirismo, la cual provocó —siempre en el marco de una cultura que responde a necesidades políticas de jerarquización— el nacimiento del modelo de los dos sexos.

Es así como Thomas Laqueur contribuye con esta obra a dilucidar las formas en que la construcción de la identidad femenina está enraizada en el interior de las mujeres por normas enunciadas en discursos masculinos. Nos ayuda a comprender en la práctica cómo la diferencia sexual, sea cultural o biológica, inscrita en los hechos y en lo cotidiano, es siempre construida por los discursos que la fundan y legitiman.